



SALVADOR ESPI MARTI
(1891-1965)

En memoria de Salvador Espí

Triste misión la de recordar a las personas entrañablemente queridas y que desaparecieron de entre nosotros. En el caso de Salvador Espí, misión dolorosa, pues estuvo ligado a lo mejor de nuestra actividad científica y con él se nos ha ido algo insustituible. Tan ligado estuvo a mi tarea personal que su desaparición anunciaba el fin de una parte de mis actividades. Pero también misión obligada, por no tener Espí una labor que sin nuestro afán por darla a conocer pudiera ser recordada dentro de unos años. Es, pues, justo que los que tuvimos la suerte de tratarle y de ser los beneficiarios de su esfuerzo, hablemos de él para que las jóvenes generaciones de arqueólogos no ignoren su nombre y su obra.

Mi primer trato con él data de 1928. Evoquemos su vida anterior. Salvador Espí Martí nació en Adzaneta de Albaida el día 7 de febrero de 1891 en el seno de una familia humilde que se complacía en evocar al contarnos recuerdos de su infancia y juventud. Su familia era originaria de Bellús, pero establecida en Adzaneta desde el siglo XVIII. Precisamente un impresionante recuerdo suyo vino a formar parte de la serie, que hemos tratado de recoger, de amigos que trataron a personas que vivieron la Guerra de la Independencia. En efecto, Salvador Espí conoció a su abuela paterna, la cual, siendo muy joven, mató a un soldado de Napoleón que intentó abusar de ella, cuando en 1812 el Mariscal Suchet ocupó el valle de Albaida.

Su padre, obrero agrícola que alternaba sus tareas con las de albañil, lo inició en este oficio. Aquél pasó a ser guarda de las fincas de la familia Ballester y esto hizo que el muchacho Salvador entrara en la órbita de una persona de tan acusada personalidad como don Isidro Ballester Tormo. Este, en 1908, iniciaba las excavaciones en el poblado ibérico de "Covalta" (Albaida) y Salvador Espí formó parte del grupo de obreros que realizaron las excavaciones. Allí le nació la afición a la Arqueología en su parte más práctica si no científica. Durante 20 años ayudó en esta tarea a don Isidro Ballester, tomando parte, además de las de "Covalta", en excavaciones en "Tossal Redó" y "Tossal del Caldero" (Bellús), "Cami Real d'Alacant" (Albaida), etc., ayudando también en la limpieza y restauración de los objetos hallados, que aquél guardaba en su casa de Adzaneta.

La actividad arqueológica, naturalmente, no bastaba a procurarle medios de subsistencia bastantes y hubo de trabajar en otras tareas y fue peón agrícola y

capataz de algunas obras públicas en su tierra. De 1911 a 1913, como soldado, luchó en Marruecos. Su visión de esta guerra, basada en la experiencia vivida por él y en la desconfianza innata del español, estaba llena de episodios amargos que tuvimos muchas ocasiones de escuchar en las veladas de nuestros campamentos de trabajo. Al estallar la Guerra Europea, pasó a trabajar al Sur de Francia y también su iniciativa y decisión le convirtieron en cabeza del grupo.

Era natural, pues, que cuando en 1927 la Excma. Diputación provincial creó el Servicio de Investigación Prehistórica y puso a su frente a su verdadero iniciador, don Isidro Ballester Tormo, contase éste desde el primer momento con Salvador Espi. En julio de 1928 empezaba la primera gran tarea del Servicio con la excavación del poblado de "La Bastida de les Alcuses" de Mogente, cuya publicación detallada ha salido al público hace unos meses, sin que Salvador Espi alcanzara a verla. Una veintena de obreros de Adzaneta se trasladaron a "La Bastida" y a su frente hubo dos capataces, José Guerrero y Salvador Espi, dos temperamentos del todo diversos. Allí conocí a Salvador Espi y allí aprecié pronto sus excepcionales cualidades. Con don Isidro Ballester y don Mariano Jornet, pasamos unas semanas apasionantes. La excavación era riquísima, nuestras esperanzas en el futuro del S.I.P. se aseguraban y a ello se unía la ilusión de ver cuánta riqueza encerraba el suelo valenciano.

A partir de ese momento Salvador Espi está ligado a todas las aventuras y a todos los éxitos del S.I.P. Con su sorprendente capacidad de trabajo y su tesón, perfeccionó su talento de reconstructor y a él se deben las restauraciones, a veces bien difíciles, de centenares de vasos. Pero durante muchos años no fue sino un jornalero eventual, con un jornal mínimo. Tan sólo después de la guerra pudo arreglarse su situación económica tan difícil, que sólo por su gran ilusión pudo sobrellevar. En 1939, siendo Diputado Ponente de Cultura de la Diputación don Fernando de Rojas, Marqués de Algorfa, y gracias a su interés, ingresó en la plantilla de funcionarios de la Corporación, al mismo tiempo que se le reconocieron a efectos legales los trabajos realizados desde el 10 de mayo de 1929.

En 1929 inicié la excavación de la "Cova del Parpalló" y allí, siendo yo el responsable de la excavación y él el capataz, y siendo aquélla tan sensacional, se ataron definitivamente los lazos que nos habían de unir hasta su muerte, durante más de treinta años. He de resistir la tentación de alargar estas páginas con el recuerdo de tantas cosas, minúsculas o importantes, personales o científicas, cuya evocación es para mí entrañable y en las que él desempeña un papel esencial. Del 1929 al 1931 es la "Cova del Parpalló", a partir de 1932, San Miguel de Liria; tras la guerra es nuevamente Liria (1940) y a partir de 1941 hasta 1945, la "Cueva de la Cocina". De 1945 a 1949 es la "Cova de les Mallaetes". De 1951 a 1954, "Barranc Blanc" de Rótova, y en 1955, "Cova Negra" de Játiva. Sin mi colaboración, hay que recordar sus campañas en "Cova Negra", en "La Ereta del Pedregal" de Navarrés y en tantos otros yacimientos valencianos.

Vale la pena que insistamos en sus cualidades. En primer lugar su lealtad acri-

solada. Se podía tener la seguridad de que no deformaría un dato, una observación, aunque haciéndolo así perdiera un elogio o un reconocimiento a su método. Para don Isidro y para mí, esa lealtad se convertía en algo de veneración que le impulsaba a ser colaborador, amigo, ayuda de cámara, hombre providencial para todas las grandes o pequeñas incomodidades que la vida en el monte y las incidencias que estos trabajos llevan consigo. Por nosotros hubiera hecho cualquier sacrificio. Todo ello con un respeto poco frecuente y con una conversación amena, con sus refranes, sus relatos de un "sosoit", sus extraordinarios conocimientos de la Naturaleza obtenidos por su fino espíritu de observación. Me encantaba particularmente su preciso conocimiento de las hierbas medicinales, tan abundantes en las sierras del sur de Valencia, con sus típicos nombres populares.

Su incansable dedicación. Ninguna otra cosa le ataba en la vida. Las horas de trabajo no contaban para él. Gracias a esto, con los escasos recursos que la Diputación ponía a nuestro servicio se pudo realizar una labor inmensa. Era siempre el primero en iniciar una tarea difícil o peligrosa y siempre estaba dispuesto a enseñar con el ejemplo a los trabajadores remisos. Este espíritu de sacrificio lo compartía con su maestro y protector don Isidro Ballester, esclavo de la austeridad administrativa. Recordemos el caso de Liria. Circunstancias políticas ocasionaron una crisis en el S.I.P. y la Diputación redujo a una cifra ridícula la subvención al mismo. No se podía pensar en 1932 y 1933 en continuar las grandes excavaciones que hasta 1931 se habían realizado. Entonces fijamos nuestra atención en el Cerro de San Miguel de Liria, que por estar tan cerca, habíamos dejado de lado. Los domingos, tomaba Salvador el tren y volvía cargado con un saco de cerámica que durante la semana siguiente limpiaba. Así nos dimos cuenta de los tesoros que aquel lugar guardaba. Entonces, su jornal (que sólo cobraba los días laborables) era todavía de seis pesetas.

En los últimos años de su actividad, ausente yo de Valencia, aún tuve la suerte de contar con su colaboración en mis trabajos de la provincia de Gerona. En muchas ocasiones, la Diputación de Valencia autorizó su colaboración conmigo en campañas en las cuevas de Serriñá y exploraciones en yacimientos del Ampurdán. En varias ocasiones pasó unos días o unas semanas en Bagur. Su cariño por mis hijas, que había conocido desde niñas, su espíritu de incansable laboriosidad, hacían preciosos aquellos días en que recordábamos, en los atardeceres de la costa ampurdanesa, tantas experiencias arqueológicas y hacíamos planes para que al jubilarse pudiera pasar temporadas a nuestro lado.

De aquella colaboración quedan recuerdos. Una covacha sepulcral en Serriñá que él descubrió, recibió el nombre de "Recó d'en Salvador". El profesor Beltrán también requirió sus servicios con motivo de las primeras campañas de excavaciones en "El Vado" de Caspe.

Nuestra última campaña conjunta fue en el año 1959, cuando volvimos a revisar la "Cova del Parpalló" en compañía de varios especialistas y ambos teníamos el temor de que fuera nuestra última colaboración en el campo, treinta años

después de haber excavado aquel maravilloso yacimiento. Por ello gozamos aún más intensamente aquellas semanas, en que todavía guardábamos la esperanza de que no sería nuestra última labor común.

Poco después, su salud se agravó y hubo de solicitar su jubilación, anticipadamente, el 30 de octubre de 1959. Tras ésta, retirado en Ayelo de Malferit, junto a su hermano Vicente, no tuve ya ocasión de verle de nuevo. Y allí pasó penosamente los últimos años de su vida, hasta el 20 de abril de 1965, en que falleció a poco de cumplir 74 años. Los últimos meses de su existencia, perdida la noción de la realidad, se imaginaba estar de nuevo en el S.I.P., realizar excavaciones, reconstruir vasos y tener grandes conversaciones con don Isidro Ballester y conmigo.

La gran capacidad de afecto de Salvador Espí, frustrada a causa de un matrimonio desgraciado, desgracia ante la que reaccionó en forma de elevada espiritualidad, se volcó en todos nosotros, en don Isidro Ballester y en mí, como en don Domingo Fletcher, don Enrique Plá y el resto de los colaboradores del S.I.P.

En cierto modo a Salvador Espí se le puede considerar como un símbolo del campesino valenciano, capaz de adaptarse a altos menesteres con una intuición y total entrega a una labor que se juzgaría incomprensible para él. Esto es algo que maravilla a quienes llegamos aquí procedentes de otros tierras hispánicas.

Esto y mucho más quisiéramos decir como pequeño pero entrañable homenaje a su memoria, que deseamos no se olvide por las generaciones que se sucedan en el S.I.P., mientras alguien admire esas piedras que arrancó con sus manos o esas cerámicas que hábil y pacientemente recompuso tras miles de años de permanecer ocultas, legadas a la posteridad por remotos antepasados suyos.

Sus manos han ido alumbrando los más sorprendentes hallazgos del lejano pasado de Valencia. Estos hallazgos, que daban prestigio al S.I.P., para el humilde y modesto Espí significaban sólo la satisfacción íntima de un enamorado de la Prehistoria, un enamorado en cierta manera platónico, pues quienes obteníamos un provecho científico y aun personal de los descubrimientos éramos los investigadores profesionales.

Como ejemplo humano, Salvador Espí es bien digno de recuerdo. Su pobre infancia que no le permitió una preparación intelectual, la desgracia en su vida familiar, su modestia, su gran corazón, su virtud de sincero cristiano, le elevaron espiritualmente y la Providencia le compensó con una dedicación que le dio lo que la vida le negara en otros aspectos.

*LUIS PERICOT GARCIA
Director Honorario del S.I.P*